**Los movimientos sociales frente al capitalismo agrario: tres estrategias de resistencia a la acumulación por desposesión.**

**Eje temático propuesto:** 10. Campesinos y pueblos originarios

**Apellidos y nombres de los autores:**

González, Leticia

Barzola, Erika

Soto, Oscar

**Pertenencia institucional de los autores:**

CEAP – UBA.

CIECS - CONICET - UNC / Universidad Siglo 21

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo.

**Dirección de correo electrónico:**

[lgonzalezinfantino@gmail.com](mailto:lgonzalezinfantino@gmail.com)

[erijbarzola@hotmail.com](mailto:erijbarzola@hotmail.com)

[oscaritosoto@gmail.com](mailto:oscaritosoto@gmail.com)

**Resumen**

Se busca revisar las características y dinámicas que han adquirido los movimientos sociales vinculados al agro en nuestra región para indagar en las diferentes estrategias que cada uno de ellos propone como forma de resistencia a la penetración del capitalismo financiero en el agro, de la mano del modelo extractivo del agronegocio. La perspectiva que sostenemos para realizar esta aproximación preliminar señala que en tanto el modelo de acumulación por desposesión, enraizado en el agronegocio, se ampara en las lógicas hegemónicas del capital global, las luchas campesinas deberán regionalizarse y globalizarse, sin desprenderse de lo local, a fin de disputar desde el territorio y la identidad, el modelo de producción de desarrollo de la región. Presentamos tres experiencias que dan testimonio de ello - Unión de Trabajadores Rurales sin Tierra en Mendoza, Asamblea Malvinas Lucha por la vida y Coordinadora de Organizaciones de Productores Familiares del MERCOSUR- en tanto, a través de su accionar en diferentes escalas político-territoriales, plantean diferentes modos de lucha y disputa en torno del modelo de desarrollo agrícola que debe sostenerse en la región.

**LOS MOVIMIENTOS SOCIALES FRENTE AL CAPITALISMO AGRARIO: ESTRATEGIAS DE RESISTENCIA A LA ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN.**

**Los casos de la Asamblea Malvinas Lucha por la Vida, la Unión de Trabajadores Rurales Sin Tierra y la COPROFAM**

A lo largo de este artículo, que resulta una primera aproximación a los casos de estudio que aquí abordamos, nos proponemos revisar las características y dinámicas que han adquirido los movimientos sociales vinculados al agro en nuestra región para indagar en las diferentes estrategias que cada uno de ellos propone como forma de resistencia frente a alguna de las múltiples, complejas y diversas dimensiones en las que se expresa la penetración del capitalismo financiero en el agro en nuestro país y en nuestra región a comienzos del siglo XXI.

Esta exploración se enmarca en procesos de tesis (en curso o concluidos) que han desarrollado los autores para comprender diferentes elementos en relación al accionar de este tipo de movimientos sociales. En este sentido, el análisis de las tres experiencias que aquí se presentan ha partido de diferentes esfuerzos individuales que, en esta instancia, se miran a la luz de un marco conceptual común, para descubrir las continuidades y las diferencias que se presentan entre ellos, en un intento por profundizar nuestra comprensión acerca de los límites y las posibilidades que expresa la acción colectiva para resistir el avance de procesos políticos, económicos, sociales, culturales, que están en marcha en nuestra región.

Las investigaciones que dan origen a este escrito se insertan en un paradigma interpretativo ya que nos interesamos por las formas en las que el mundo social es experimentado, comprendido, interpretado y producido (Vasilachis de Gialdino, 2007). Metodológicamente abordamos los casos de estudio desde una perspectiva cualitativa, mediante diseños etnográficos y de investigación-acción. Las principales técnicas de recolección de datos que se emplearon fueron entrevistas en profundidad, análisis documental y notas de campo.

El presente trabajo se estructura en tres apartados. En el primero realizamos una descripción sintética de las implicancias del avance del capitalismo financiero en el agro de nuestra región. Ello nos permite introducir algunas de las principales dimensiones del proceso, sobre las cuales buscan incidir los movimientos sociales que aquí se trabajan.

En el segundo apartado nos adentramos en las lógicas de organización colectiva que han asumido los sujetos sociales frente al avance de los agronegocios, en tanto cristalización del modelo de acumulación por desposesión.

En tercer lugar, presentamos las experiencias de tres movimientos sociales que se han organizado, en diferentes niveles, en nuestro país y en nuestra región, para indagar en las estrategias que cada uno de ellos ha desarrollado en pos de la defensa de un modelo de producción y desarrollo distinto de aquel que se propone desde la lógica del capital. Las tres experiencias aquí analizadas son la Asamblea Malvinas Lucha por la Vida (que tiene como territorio de acción a la ciudad de Malvinas, Córdoba), la Unión de Trabajadores Rurales Sin Tierra (cuyo territorio es la provincia de Mendoza) y la Coordinadora de Organizaciones de Productores Familiares del MERCOSUR (COPROFAM, que busca la acción regional en el marco del MERCOSUR).

Por último, exponemos una conclusión preliminar –en tanto, como se señaló, este trabajo resulta de una primera aproximación a este enfoque a partir de casos de estudio llevados adelante individualmente-, con la pretensión de proponer algunas líneas de pensamiento que nos permitan adentrarnos en la comprensión de las dinámicas de acción de los actores sociales frente a esta etapa del capitalismo agrario.

1. **El avance del modelo de los agronegocios: implicancias**

Resulta imposible comprender cómo el capitalismo financiero fue avanzando a lo largo de las últimas décadas sobre el agro argentino y latinoamericano y cuáles han sido las respuestas de los movimientos sociales, sin considerar aspectos históricos y políticos que den cuenta de la mercantilización de la naturaleza en el continente. En tal sentido, sostenemos que desde la invención de América Latina (Mignolo, 2007), la región ocupó y ocupa un lugar de sacrificio en el marco de la división internacional del trabajo y de la naturaleza. Esto se explica a partir de la constitución estructural latinoamericana, en torno de una relación de colonialismo y dominación con un sistema global hegemónico que implicó el ejercicio de un biopoder sobre la naturaleza y una biopolítica sobre los cuerpos subalternizados, produciendo subjetividades, territorialidades y naturalezas capaces de ser expropiadas (Alimonda, 2011; Machado Aráoz, 2011). De esta manera, la naturaleza fue desnaturalizada (Leff, 2006) y sus complejas fuerzas e interacciones, seres y procesos comprimidos a una abstracción simplificada: “tierra” (Woster 2008, Alimonda 2011). Esta “gran transformación” (Polanyi, 1944 [2007]), iniciada hace más de 500 años, continuó y continúa siendo reproducida por las elites dominantes –que a lo largo de estos 5 siglos han asumido numerosos rostros y formas-, a costas de la exclusión y el sometimiento (Alimonda, 2011).

Luego de la Segunda Guerra Mundial, a la invención de América Latina le sobreviene una nueva invención: la del tercer mundo (Escobar, 2007). Esta fue la vía privilegiada para que los países centrales pudiesen formular y aplicar políticas tendientes a resolver, lo que para ese entonces habían definido como su principal objetivo de acción: el problema del hambre mundial. En este marco, América Latina se constituyó como una región que, mediante la tecnificación de la agricultura y el crecimiento acelerado de la producción, podría alcanzar las características de las sociedades avanzadas de la época, al tiempo que abastecer de alimentos al mundo. El capital, la ciencia y la tecnología eran los principales pilares sobre los que se asentaba el pretendido desarrollo de la región. Será entonces cuando las potencias hegemónicas, a partir de su poderío colonial, comiencen a instaurar una compleja y profunda transformación científico-técnica en el agro latinoamericano con el firme propósito de incrementar la producción para abastecer al mercado mundial de alimentos. En consecuencia, la llamada “revolución verde”, implicó la inserción de la agricultura latinoamericana en el sistema económico mundial.

Para el caso Argentino, la penetración de las modificaciones introducidas en el marco de la Revolución Verde fueron más profundas que en el resto de los países de la región (González, 2018). En ello cumplió un papel central el propio Estado, que acompañó a las empresas privadas en la promoción del desarrollo tecnológico del agro y la homogeneización del modelo de producción a nivel global, acorde a los designios del occidente capitalista.

Los cambios introducidos en la región en el marco de la Revolución Verde fueron la base necesaria sobre la cual se instalaron las innovaciones que dieron lugar al modelo de agronegocio: soja transgénica, siembra directa y todo un nuevo y complejo paquete productivo. Argentina fue nuevamente pionera en este proceso en la región, gracias al dinamismo que aportó la acción de un Estado inmerso bajo la lógica neoliberal. Pero, a diferencia de las innovaciones introducidas en el marco de la Revolución Verde, el modelo de los agronegocios tuvo un mayor impacto en variables como la forma de producir (que contempla también las formas de gerenciar las explotaciones y los modos de acceso a los recursos), la ocupación de mano de obra y la permanencia de productores en el campo.

En términos productivos, se abrió paso a un proceso de “agriculturización”, basado en dos cosechas por año gracias a las “cosechas de segunda” y a la alternancia entre soja y trigo (Teubal, 2006). Ello se conjugó con el corrimiento de la frontera agropecuaria, que permitió extender la producción de soja a regiones antes consideradas improductivas, desplazando en ese movimiento a las producciones regionales (Rodríguez, 2010). A partir de entonces, Argentina emergió como un “nuevo país agropecuario” incrementando su producción agrícola destinada al comercio mundial. Este incremento impactó fuertemente en la salud humana y en el medioambiente, en tanto la extensión de las actividades agrícolas propias de la pampa húmeda argentina (en particular, la producción de soja) hacia otros territorios, además de la intensificación del cultivo en su zona de origen, requirió del uso cada vez más exacerbado de agrotóxicos.

Para comprender el problema de los agrotóxicos en Argentina, basta con señalar que desde el año 1993 al 2016 el uso de insecticidas y herbicidas aumentó en un 563% y 1111%, respectivamente. En la campaña 2016/2017 se usó un total de 3,8 millones de toneladas de agroquímicos, lo que representa un incremento del 5,6% en relación a la campaña anterior. Esto pone en evidencia que, debido al agotamiento de los suelos, a su compactación y a la resistencia de malezas y plagas, es necesario incrementar la cantidad de tóxicos para sostener los niveles productivos a lo largo del tiempo.

La combinación de los procesos tecnológicos descritos junto con los cambios económicos y políticos determinados por el neoliberalismo, dieron además lugar a un nuevo modo de vivir y trabajar *en* y *con* la tierra. En el marco del modelo de los agronegocios se instalaron formas novedosas de financiamiento, administración y manejo de las explotaciones, que se ligaron a las nuevas maneras de utilización de los recursos productivos, en particular del trabajo (Anlló et al., 2013; Gras y Hernández, 2009; Riella, 2010; Teubal y Rodríguez, 2002a). En términos sociales y culturales, la más visible de las consecuencias es la expulsión de una gran masa de productores y trabajadores rurales, que dejaron de vivir en el campo y pasaron a engrosar la población pobre urbana (Carricart y Albaladejo, 2005; Giarraca y Teubal, 2006; Ringuelet y Valerio, 2008). La expulsión de los trabajadores estuvo relacionada con la menor necesidad de mano de obra (especialmente aquella no calificada) y con el aumento de los costos de producción y del valor de la tierra. Así, se fue perdiendo una forma de vida particular, una cultura propia, transmitida de generación en generación, por aquellos que viven en el campo. De esta manera, las comunidades indígeno-campesinas y los productores rurales familiares fueron desplazados como los principales actores del mundo rural.

Así, a partir de la década de los ´80, el aumento en la escala de producción tecnificada y el incremento en la demanda de capitales, sumado a la crisis económica que afectaba el país por aquellos años, marcó el inicio de un proceso de resquebrajamiento de la estructura agrícola familiar (Giarraca, Gras, y Barbetta, 2017). Según los datos arrojados por el censo nacional agropecuario de Argentina, durante el período de 1988 y 2002, se perdieron un total de 87.000 establecimientos agropecuarios, siendo la mayoría de ellos (75.293) de menos de 200 hectáreas. La desaparición de los establecimientos agropecuarios pequeños y medianos implicó, para el año 1998, una concentración de la tierra del 0,83 según el coeficiente de Gini[[1]](#footnote-1). Este movimiento representó uno los momentos más violentos de concentración de la tierra productiva, vistos durante el siglo XX en el país (Teubal, 2008).

Lo cierto es que con el desplazamiento -en sentido amplio- de los agricultores familiares (como productores, como trabajadores), se asistió también a la transformación de sus formas más tradicionales de agrupamiento y representación. Ello se conjugó, a su vez, con una modificación en las tradicionales formas de relacionamiento entre los Estados y los grupos sociales (Garretón, 2006). Esta modificación impactó en la forma en que desde el Estado se atendieron las demandas de estos actores colectivos; en los modos de acción las organizaciones que representaban al sector agrícola; y en la propia configuración de estos actores, que se re articularon en torno de nuevas identidades, mecanismos de intervención y marcos de acción (González, 2018). De esta forma, frente a este contexto de concentración de la tierra, violencia sistemática para con el campesinado y los pequeños productores familiares, imposiciones forzosas de un modelo productivo insustentable e insostenible, pérdida de la biodiversidad y soberanía alimentaria, consecuencias ambientales y sanitarias y una dependencia sin precedentes de las grandes empresas multinacionales del sector agrícola, se han conformado cientos de movimientos insurgentes contra la acumulación por desposesión que buscan enfrentar este modelo en alguna de sus múltiples, diversas y complejas aristas. En lo que sigue, entonces, analizaremos algunos de los modos en que se han conformado estos movimientos y de las estrategias que han adoptado en esta lucha.

**2. Acción colectiva frente al capitalismo agrario**

Los impactos productivos, ambientales, económicos, sociales y culturales de la instalación de los agronegocios en la región se combinó con un complejo proceso de desarticulación y rearticulación de los movimientos sociales más tradicionales del agro. Al mismo tiempo, esto dio lugar al surgimiento de nuevas experiencias que buscaron enfrentar y resistir, de diferentes modos, a las consecuencias impuestas por este modelo de mercantilización de la naturaleza.

¿Cómo pensamos entonces la persistencia de la acción de campesinos, agricultores familiares, ambientalistas, en nuestra territorialidad y la obstinada idea de reinventar las resistencias a este tipo de capitalismo por desposesión? La tarea no es sencilla en una Argentina concebida desde una apatía a lo campesindio o más bien con una admiración occidentalizante y europeizada, que se percibe hegemónicamente urbana y “civilizada”.

Esta concepción ha implicado para la insurgencia contra la acumulación por desposesión transitar un camino de desafíos que no sólo tenga en consideración las luchas locales, sino que deba articular con las resistencias a nivel regional y transnacional. Si el modelo de acumulación por desposesión, enraizado en el agronegocio, se ampara en las lógicas hegemónicas del capital global, las luchas campesinas deberán regionalizarse y globalizarse, sin desprenderse de lo local, a fin de disputar desde el territorio y la identidad, el modelo de producción y de desarrollo de la región.

De la Vega (2017), se ocupara de resaltar que este sujeto colectivo de primera división no es otra cosa que un producto de la sedimentación histórica de relaciones de producción capitalista. Por tanto, en la problemática del agro y el desarrollo del capitalismo sobre el territorio es elemento central la discusión del devenir histórico de la lucha de clases sociales, su conformación y la articulación de las identidades en movimientos sociopolíticos organizados.

Cierto es que el trabajo conforma el hilo conductor en el análisis de la producción y la reproducción de la sociedad, sin embargo son las formas que él mismo adopta en el seno de las sociedades concretas las que le aportarán su especificidad (Collado, 2005). En cierta manera es a lo largo del transcurso de la lucha, que las clases se conciben como clase. Por tales motivos es que la triangulación de clase social, trabajo y sujeto campesino en los cimientos de una sociedad capitalista, resulta cuanto menos conflictiva. El desempeño de la economía centrada en las lógicas del capital, implica una concepción restringida de la idea de trabajo, por ende también de clase social.

“La noción moderna de trabajo surge así bajo el impacto de un verdadero golpe de fuerza político y social: la separación de una serie de operaciones objetivables y la capacidad humana de realizarlas…El trabajador, ser de subjetivación, se convierte en prisionero de aquello a lo que debe referirse: las operaciones objetivadas. A la inversa, la noción de trabajo doméstico está en las antípodas de la objetivación: ella está ligada a las relaciones afectivas en el seno de la familia y fundada sobre la “disponibilidad” (Hirata y Zariffian, 2007, p34)

Si efectivamente -siguiendo a Collado-, el trabajo está recurrido por la condición social que subsume al trabajador (más allá de que el campesino sea o no un trabajador explotado en forma directa por un capitalista), a su objeto o a cualquiera de sus productos; este es en definitiva en nuestro actual sistema de acumulación económica, un trabajo enajenado bajo el dominio del capital, trabajo deshumanizante y extraño, cada vez más distanciado de su productor (Collado, 2005).

Resulta ser que el campesinado, producto -y resistencia a la vez- del capitalismo, *actúa y re-existe* en medio del desarrollo capitalista que crea su propia fuerza de trabajo y su clase obrera en los intramuros de su cultura (Rodríguez Ostria, 2014). Bartra lo grafica de manera más precisa:

“…el campesinado puede conformar una clase social sin que cada uno de sus miembros deba estar inserto en la totalidad de las relaciones que definen a su clase. Todo obrero participa, por definición, en una relación salarial, en cambio la condición campesina puede presentar múltiples variantes: pequeño agricultor íntegramente mercantil, agricultor parcialmente mercantil y parcialmente autoconsuntivo, asalariado a tiempo parcial con producción de autoabasto, entre otros muchos rostros […] pensamos que los integrantes de una clase son las personas que participan de ciertas relaciones de propiedad y producción, pero la clase campesina no está compuesta tanto por individuos como por entidades colectivas: familias, comunidades, sectores productivos, asociaciones, redes…” (Bartra, 2008, p.226, 227)

Vemos entonces, en la línea de la reflexión inicial propuesta, que las comunidades rurales en toda su diversidad y pluralidad, resultan una identidad y un tipo de experiencia de clase social realmente existente, una de cuyas principales connotaciones es ser una anomalía y una disrupción con el orden capitalista de la economía y el trabajo. Una clase, en resumidas cuentas, socialmente heterogénea y culturalmente abigarrada (Bartra, 2008).

En este marco, los actores sociales del agro, se rearticulan, se reinventan, se resignifican y se obstinan en recrear (nuevos modos de) resistencias frente al capitalismo agrario que se asienta bajo el rostro del modelo de los agronegocios.

**3. Análisis de casos:**

**a. Un ejemplo de resistencia local frente a un poder global. El NO a Monsanto de la Asamblea Malvinas Lucha por la Vida.**

Malvinas Argentinas es una localidad de 15 mil habitantes aproximadamente, que se encuentra ubicada a escasos 12 Km de la ciudad de Córdoba. Antiguamente, la región se caracterizaba por ser una zona de montes de churquis, chañar, algarrobo y piquillín que proveían a la ciudad de leña y carbón. No obstante, en la actualidad, el paisaje de la zona, el uso de la tierra y el tipo de actividad productiva han cambiado. Por estos días, en inmediaciones de Malvinas Argentinas se pueden observar campos cultivados con soja, los que en un gran porcentaje corresponden a productores y arrendatarios de Monte Cristo y en baja proporción a productores locales.

Con el propósito de contribuir a mejorar la situación social vulnerable de la comunidad e incrementar las fuentes de trabajo, el gobierno nacional y provincial anunció en 2012 una serie de inversiones para Malvinas Argentinas. Concretamente, en junio de ese año, la Presidente Cristina Fernández de Kirchner anunció que la multinacional Monsanto invertiría más de $1.500 millones para construir una planta de acondicionamiento de semillas de maíz y una estación experimental en la comunidad. Dos días después, el Gobernador de la Provincia, José Manuel de la Sota, ratificaba la inversión.

El anuncio oficial despertó el interés de los vecinos de Malvinas Argentinas, quienes comenzaron a interiorizarse sobre Monsanto, sus productos y el proyecto que se instalaría en su comunidad. Mientras los vecinos de Malvinas Argentinas comenzaban a informarse sobre Monsanto, el día 2 de julio, la firma presentó su propuesta ante la Secretaría de Ambiente de la Provincia a fin de obtener la pre-factibilidad. El día 13 de julio, sin contar con la pre-factibilidad del proyecto aprobado por la Secretaría de Ambiente Provincial, la municipalidad de Malvinas Argentinas sancionó, en sesión extraordinaria, la ordenanza N° 808/2012 por medio de la que se aprobaron las obras preliminares en el predio en el que se instalaría Monsanto.

Estos hechos, además de poner en evidencia la anuencia de los tres niveles del Estado para que Monsanto se instalase en la comunidad de Malvinas Argentinas, demuestran que las acciones legislativas emprendidas, principalmente por el municipio de Malvinas Argentinas, contradecían lo instituido por la Ley General de Ambiente Nº 25.675[[2]](#footnote-2).

A medida que avanzaban las reuniones vecinales y bajo el convencimiento de que debían actuar colectivamente, en la tercera reunión llevada a cabo el día 31 de julio los vecinos decidieron conformar la *“Asamblea de Vecinos auto-convocados Malvinas Lucha por la Vida*”. Formar parte de la asamblea implicó interiorizarse de los problemas de la comunidad y ser parte activa del conflicto desencadenado. Esto condujo a que los vecinos se comprometieran y dejasen de ser meros espectadores, para pasar a ser actores políticos. “Este cambio-ruptura de ‘dejar de ser y pasar a hacer’, tiene fuertes implicaciones en la construcción de una subjetividad nueva y distinta” (Hadad, Comelli, & Petz, 2012, pág. 321), que puede entenderse a la luz del pasaje de la subjetividad individual a la subjetividad colectiva, con la consecuente ampliación de la subjetivación política que esto genera.

“… la subjetividad política se realiza finalmente en el campo del actuar, de la existencia en la vida cotidiana que deviene mundo y deviene en el mundo; actuar entendido como acción vivida y narrada, como prácticas humanas y sociales que son siempre con otros para el logro de lo construido…” (Alvarado, Ospina, Botero, & Muñoz, 2008, pág. 31)

Formar parte de una Asamblea, significó para nuestros entrevistados *“aprender a convivir en un espacio en el que no se está familiarizado”, “aceptando las diferencias”* y comprendiendo en última instancia que *“la lucha es eminentemente política”, “en contra del capitalismo”* que es representado en un“*modelo imperante, hegemónico y globalizante de producir”.* Un ejemplo de esto puede encontrarse en el siguiente fragmento:

*“Imaginate que si nosotros frenamos eso está frenando el modelo. Eh, no es joda frenar el modelo. Es una lucha en contra del capitalismo. Esto no es una lucha, es más, es, esto no es político, no sí, es súper político y, y mucho más de lo que vos pensás eh, es una lucha profundamente anticapitalista” (Marcos, docente, 32 años)*

La lucha, si bien diversa y con diferentes frentes, posibilitó que los vecinos autoconvocados *“despertaran en conciencia”* y construyeran colectivamente una visión crítica en torno al sistema-mundo, signado por el capital financiero y su lógica extractiva sobre los bienes comunes. Esto conduce a tensionar el proyecto de modernidad a partir de una fuerte crítica al ideal desarrollista basado en el progreso técnico. A fin de ejemplificar lo señalado resulta pertinente citar a uno de nuestros entrevistados, quién al momento de justificar su postura crítica para con el desarrollo sostenía:

*“es un falso desarrollo, no es un desarrollo verdadero, es un desarrollo para las empresas capitalistas que se van a hacer más fuertes, van a acaparar más tierra, van a tener más poder económico y político pero no es un desarrollo de derechos y de bienestar para el pueblo en general.” (Pedro, abogado, 38 años)*

Cuestionar esta imposición histórica hegemónica occidental, implica para los vecinos dar cuenta de que existen otras maneras de desarrollo que no se anclan en una acumulación de capital que amplía las brechas norte-sur y arriba-abajo. Por el contrario, nuestros entrevistados revalorizan los conocimientos culturalmente adquiridos que no someten a la naturaleza sino que son respetuosos de ella y consideran que es a partir del “*respeto a las bases****[[3]](#footnote-3)****”* que se va a poder *“cambiar las cosas”*. Esta manera de concebir ‘otras formas de desarrollo’ promueve otras valoraciones sobre la naturaleza proveniente de otros registros, de otras cosmovisiones, desde las que pensar la relación Sociedad-Naturaleza.

Es a partir de la revalorización de las cosmovisiones otras y de la ruptura con el epistemicidio cegador que los vecinos pudieron construir alternativas a un modelo de desarrollo devastador de la vida colectiva, de las prácticas rurales ancladas en lo tradicional-familiar y en el respeto por los ciclos vitales naturales. Luego de más de 4 años de lucha ininterrumpida, los vecinos de Malvinas Argentinas no sólo lograron frenar a la empresa paradigmática del extractivismo agrícola, las semillas transgénicas y la “propiedad” del material genético, sino que además desafiaron y resistieron la transversalidad política propia del modelo extractivista (Svampa y Viale, 2014) y lograron construir alternativas reivindicativas de la soberanía alimentaria y el derecho de los pueblos a la tierra, al ambiente sano, al trabajo digno, a la salud y a la autodeterminación.

**b. Trabajadores rurales sin tierra en Mendoza y Argentina**

La Unión de Trabajadores Rurales Sin Tierra (UST) integrante del Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI), éste a su vez de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) y La Vía Campesina constituye una experiencia de resistencia rural (Soto, 2017) en pleno deterioro de las condiciones sociales de subsistencia de los pobladores y trabajadores rurales, que transitan, desde los años ‘90 y más atrás, un proceso paulatino de expulsión de los territorios irrigados, abandono de propiedades con derecho a riego, improductividad de pequeños y medianos productores de tierra por falta de pago de cánones para el uso de agua; y precarización de tenencia y titulación de tierras en el secano por parte de puesteros y crianceros de la provincia (Ferrara, 2007, p.372-376).

El laborioso pero significativo aporte de la lucha rural de la UST-MNCI, reposiciona el debate antes referenciado dentro del campo popular y el pensamiento crítico latinoamericano, como lo viene haciendo la CLOC a nivel continental y La Vía Campesina a escala planetaria. Así, en una confirmación del pensamiento mariateguiano, como lo expone Mazzeo (2014): el campesino no es un sujeto pasivo al que le llegan los beneficios de una revolución dirigida por el proletariado. Esto mismo expresa la praxis del MNCI en la coyuntura actual.

La UST desde el año 2002 en adelante se organiza en el norte de Mendoza y consolida un número importante de grupos de base en todo el territorio provincial. Se dedica a la organización de campesinos, agricultores, puesteros y trabajadores rurales en términos generales, que pese a su definición subjetiva por vía de la negación, justamente devienen colectivos despojados de sus tierras, trabajo y condiciones de vida, constituidos en la identificación política de su desposesión –sin tierra- (Seoane, Taddei y Algranati, 2009), pero reafirmados en la práctica de resistencia.

Tanto la ocupación de territorios, la resistencia a los desalojos, como las avanzadas de la UST en sistemas de comercialización justa, el armado de una red de economía popular campesina o la conformación de una Escuela Campesina de Agroecología, articulan un proceso de subjetivación política, de interpelación al Estado y la sociedad, de sectores subalternos que se re-constituyen en un doble recorrido: recuperar su condición de trabajadores y acceder a la tierra como requisito prioritario para la subsistencia comunitaria.

Hay allí una conformación de clases sociales campesindias en torno de un elemento histórico que las configura. La hipótesis de trabajo de Thompson en relación a las clases, se recrea en la práctica de nuestra ruralidad, y es parte de la clave a través de la cual podemos leer al movimiento social atravesado por el conflicto rural, como lo hemos hecho con la lucha estrictamente socioambiental: “…una categoría histórica, es decir, derivada de la observación social a lo largo del tiempo, inseparable de la noción de lucha de clases, porque es en el proceso de esta lucha cuando se define y concreta” (Thompson, 1979, p. 7).   
No es extraño notar a esta altura que apropiación del territorio, resistencia al despojo, recuperación de la figura del “trabajador” y despliegue del conflicto social como forma de forjar las identidades y subjetividades políticas en la ruralidad mendocina, presentan una cierta organicidad y articulación propia. La lucha reivindicativa como movimiento sociopolítico, importa de alguna manera los trazos latinoamericanos más significativos; por caso Álvaro García Linera sostiene que los movimientos se centran en la estructura política de la sociedad, sin perder de vista, que la acción colectiva es mucho más que un cálculo consciente de objetivos en función de medios para alcanzarlos, y que vínculos como la solidaridad, las pautas morales de igualdad y la identidad, que también forman una racionalidad interna de la acción, son componentes sociales por los cuales la gente es capaz de movilizarse (García Linera, 2001, p.353).

No intentamos aquí emparentar la problemática cuyana en foco, con la densidad de la conflictividad plural boliviana y su autonomía; sin embargo resulta que la realidad suele acomodar los hechos de las luchas sociales de sectores subalternizados, a partir de su organización política en movimientos sociales. En un paralelismo más, García Linera dirá de la movilización boliviana que la causa común de los oprimidos fortalece las formas de reproducción social cuando el trabajo y los derechos se ponen en cuestión:

“Son el agua y los servicios lo que atraviesa a campesinos, obreros fijos, obreros y obreras temporarias, pequeños comerciantes, talleristas, artesanos, desocupados, estudiantes, dueñas de casa, etc., quienes, a pesar de la diversidad de sus ocupaciones y prácticas culturales, tienen una necesidad en común: el acceso al agua y a los servicios públicos, como componentes esenciales y mayoritarios de su reproducción (poseedores de escasos recursos), el hecho de tener acceso a esos bienes bajo modalidades tradicionales o modernas en cuanto “valores de uso” (“usos y costumbres”/ servicios públicos), pero además, se trata de personas que, por lo general, “no viven del trabajo ajeno”. (García Linera, 2001, p.387)

**c. COPROFAM**

La creación del Mercado Común del Sur (MERCOSUR) en el año 1991, a través de la firma del Tratado de Asunción por parte de los Presidentes de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, representó un hito de enorme relevancia para los actores sociales de la región. La simple instalación del proceso de integración constituyó el puntapié para la articulación y la generación de sinergias entre diversos actores sociales, que se reunieron por fuera de la institucionalidad formal del bloque para observar atentamente el proceso y, en algunos casos, coordinar acciones que permitieran revertir los impactos negativos de las políticas regionales en los sectores a los que representaban (Vazquez & Perrotta, 2013). Estas iniciativas partieron de la crítica persistente realizada desde la academia acerca del déficit democrático del bloque (la imposibilidad del ejercicio de derechos políticos), pero también de su déficit social, que se vincula con la no inclusión de temáticas centrales para que los ciudadanos de la región gocen de sus derechos y puedan, además, fortalecer o prevenir los impactos del proceso de integración sobre su existencia y desarrollo (Bizzozero; Caetano, Vazquez y Ventura). Asimismo, la nueva dinámica política regional impulsó a los actores sociales a interpretarse en un nuevo marco (Jelin, 2003).

Los agricultores familiares no fueron ajenos a estos procesos, en tanto el MERCOSUR se proponía realizar acciones que tendían a profundizar el avance del capital sobre el agro en nuestra región. Así, a partir del año 1994, organizaciones de carácter nacional de los países del bloque se reunieron en lo que dieron en llamar la Coordinadora de Organizaciones de Productores Familiares del MERCOSUR (CORPOFAM). Actualmente, la COPROFAM está integrada por 12 organizaciones de carácter nacional en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay: Federación Agraria Argentina (FAA); Confederación Nacional de los Trabajadores de la Agricultura (CONTAG – de Brasil); Organización Nacional Campesina (ONAC), de Paraguay; la Unión Agrícola Nacional (UAN) de Paraguay; Intergremial de productores de leche (IPL) de Uruguay; Asociación de Mujeres Rurales (AMRU) de Uruguay; Comisión Nacional de Fomento Rural (CNFR) de Uruguay; Asociación de Colonos del Uruguay (ACU); Coordinadora de Integración de Organizaciones Económicas Campesinas de Bolivia; Movimiento Unitario Campesinos y Etnias de Chile (MUCECH) y Confederación Campesina Peruana. De esta forma, representa a 125 organizaciones de segundo nivel (confederaciones, federaciones), 5 mil organizaciones de base (sindicatos, asociaciones y otras gremiales), y 35 millones de trabajadores rurales, agricultores familiares, campesinos e indígenas.

El objetivo de la COPROFAM fue generar una instancia permanente de diálogo y discusión para acordar definiciones y estrategias comunes que les permitieran alcanzar dos metas. Por un lado, se buscaba disponer de un ámbito al interior de la estructura institucional del MERCOSUR donde se abordaran las problemáticas específicas de los productores pertenecientes a este sector de la agricultura que hasta el momento sólo eran tratados -tanto al interior del bloque como, muchas veces, en sus Estados- en tanto usuarios de pequeñas porciones de tierra. Asimismo, señalaban, el modelo de la agricultura familiar se veía perjudicado por las medidas adoptadas en el marco de las economías nacionales y regionales por esos años, que no hacían más que sumirlos cada vez de forma más profunda en la marginalidad y la pobreza (REAF, 2006). Por el otro, se buscaba instalar la perspectiva que considera a la agricultura familiar, además, como un modo particular de vida y de relacionamiento con la tierra.

En esta línea, la estrategia de la unidad fue en parte defensiva pero en parte también una acción estratégica deseada, que tuvo como resultado la instalación, a partir del año 2004, de un espacio dentro de la estructura institucional del bloque para abordar las problemáticas específicas del sector: la Reunión Especializada de Agricultura Familiar del MERCOSUR (REAF) (González, 2012, 2018). La creación de este espacio no significó, no obstante, el final del accionar de la COPROFAM, sino un nuevo hito en su intento por lucha, a partir de estrategias que involucran el accionar desde dentro de las estructuras del Estado, contra un modelo de agricultura ajeno y que pone en jaque su propio modo de vivir *en* y *con* la tierra.

**4. Conclusión**

Hasta aquí hemos pretendido ahondar en el proceso de exacción que la trama del capital configura en los territorios rurales, con especial atención al cúmulo de resistencias sociopolíticas que se re-construyen en los márgenes de neoliberalización de las relaciones agrarias y socioambientales vigentes. El carácter de la distribución política de la tierra sumado a las vinculaciones históricas del trabajo y la cuestión agraria, contornean el proceso de resistencias sociales del mundo rural, como así también el debate ecológico y social que atraviesa los territorios locales. Dicho de otra manera, la intensificación de las disputas agrarias de índole general en América Latina son observables en el plano particular de los espacios locales.

En nuestro caso, tanto las luchas del movimiento campesino en Mendoza, la resistencia socioambiental en Malvinas Argentinas o la acción de la Coordinadora de Organizaciones de Productores Familiares del MERCOSUR frente al proceso de integración reactualizan el relieve de las oposiciones territoriales a la intensificación de la desposesión. En última instancia, el recorrido de las experiencias reafirma nuestra intuición inicial respecto de que el *modelo de acumulación por desposesión, enraizado en el agronegocio, se ampara en las lógicas hegemónicas del capital global, y por tanto las luchas campesinas deberán regionalizarse y globalizarse, sin desprenderse de lo local*.

**5. Referencias bibliográficas**

Alimonda, H. (2011) La Naturaleza colonizada. Ecología Política y minería en América Latina. Buenos Aires: CLACSO.

Alvarado, S., Ospina, H., Botero, P., & Muñoz, G. (2008). Las Tramas de la subjetividad política y los desafíos a la formación ciudadana en jóvenes. Revista Argentina de Sociología, 11-43.

Ávila Vázquez, M. (2013). El Chantaje social del Intendente Arzani y De la Sota en Malvinas Argentinas. Córdoba: RED UNIVERSITARIA DE AMBIENTE Y SALUD – Médicos de Pueblos Fumigados.

Bartra, A. (2010) Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado. Memoria, Revista de Política y Cultura, Vol.: 248. pp. 4-13

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_ (2008) El hombre de hierro. Limites sociales y naturales del capital en la perspectiva de la Gran Crisis. México: UACM - Itaca.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_ (2006), El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida. México: Itaca / Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Bizzozero, L. (2003). La participación de los actores de la sociedad civil en el Mercosur. ¿Hacia una ciudadanía regional en el bloque? En A. Serbin (Ed.), Entre la confrontación y el diálogo: integración regional y diplomacia ciudadana. Buenos Aires: Siglo XXI Editores - Universidad de Belgrano.

Caetano, G., Vazquez, M., & Ventura, D. (2009). Reforma institucional del MERCOSUR. Análisis de un reto. Montevideo: CEFIR.

Campi, M. (2013). Tecnología y desarrollo agrario. En G. Anlló, R. Bisang, & M. Campi (Eds.), Claves para repensar el agro argentino. Buenos Aires: Eudeba.

Carrasco, A. E., Sánchez, N. E., & Tamagno, L. E. (2012). Modelo Agrícola e Impacto Socio-Ambiental en Argentina: Monocultivo y Agronegocios. La Plata, Argentina: AUGM Asociación de Universidades Grupo Montevideo & UNLP.

Collado, P. (2016) Palabras introductorias –Prologo Figari-. Seminario Problemática del Trabajo en America Latina, MEL.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_ (2005) Metamorfosis del trabajo o metamorfosis del capital. Revista Herramienta N° 30, Buenos Aires.

Constantino, A., & Cantamutto, F. (2010). El Mercosur agrario: ¿integración para quién? Íconos, Revista de Ciencias Sociales, 38, 76–80.

de Sousa Santos, B. (2009). Epistemología del sur. México: Siglo XXI.

Dominguez, D. y Sabatino, P. (2006). Con la soja al cuello: crónica de un país hambriento productor de divisas. En H. Alimonda, Los tormentos de la materia (págs. 213-238). Buenos Aires - Argentina: CLACSO.

Escobar, A. (2007). La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo. Venezuela: Fundación Editorial el perro y la rana.

Ferrara, F. (2007) Los de la tierra. De las ligas agrarias a los movimientos campesinos Buenos Aires, Ed. Tinta Limón.

García Linera, A. (2001) Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política en Bolivia, En Álvaro García Linera, Felipe Quispe, Raquel Gutiérrez, Raúl Prada y Luis Tapia: Tiempos de rebelión, La Paz: Comuna y Muela del Diablo.

Garretón, M. A. (2006). La transformación de la acción colectiva en América Latina. Revista de la CEPAL, 76.

Giarraca, N., Gras, C., & Barbetta, P. (2017). De Colonos a Sojeros. Imágenes de la estructura social del sur de Santa Fe. En G. Norma, Estudios rurales y movimientos sociales: miradas desde el sur. Antología Esencial (págs. 537-564). Buenos Aires: CLACSO.

González, L (2018) Acción social colectiva y procesos de integración regional en Sudamérica: la participación de las organizaciones de la agricultura familiar en la construcción y el devenir de la Reunión Especializada de Agricultura Familiar del MERCOSUR (2004-2012). Tesis para optar por el Título de Magister en Estudios Latinoamericanos. UNSAM: Mimeo

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_(2011). La Reunión Especializada de Agricultura Familiar del MERCOSUR. Creación y avances de un novedoso espacio en la agenda de la integración regional. Revista Densidades, (8), 58–79.

Gras, C., & Hernández, V. (2013). Los pilares del modelo agrobusiness y sus estilos empresariales. En C. Gras, & V. Hernández, El agro como negocio. Producción, sociedad y territorios en la globalización (pág. 365). Buenos Aires: Biblos.

Hadad, M. G., Comelli, M., & Petz, M. I. (2012). De las asambleas barriales a las asambleas socioambientales: La construcción de nuevas subjetividades políticas. Argentina 2001-2011. Astrolabio Nueva Época , 302-332.

Harvey, D. (2004). The New Imperialism: Accumulation by Despossession. The Socialist Register , 63-87.

Hirata, H y Zariffian, P. (2007) El concepto de trabajo. Revista de Trabajo Año 3, N°4, Buenos Aires.

Jelin, E. (2003). La escala de la acción de los movimientos sociales. En E. Jelin (Ed.), Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Leff, E. (2006). La ecología política en América Latina. Un campo en construcción. En H. Alimonda, Los tormentos de la materia (págs. 21-39). Buenos Aires: CLACSO.

Losada, Flora. La institucionalización de la extensión rural con la creación del INTA (1957) – revista CIEA<http://www.ciea.com.ar/documentos-de-trabajo/documentos-de-trabajo-12003/>

Machado Aráoz, H. (2011). El auge de la minería transnacional en América Latina. De la ecología política del neoliberalismo a la anatomía política del colonialismo. En H. Alimonda, La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina (págs. 135-180). Buenos Aires: CICCUS-CLACSO.

Mazzeo, M. (2014) José Carlos Mariategui y el socialismo de Nuestra America. Venezuela: Fondo Editorial de la Asamblea Nacional “Willian Lara”.

Mignolo, W. (2007) La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial. Barcelona: Gedisa.

Polanyi, K. [1944] (2007) La gran transformación. Crítica del liberalismo económico. Quipu editorial

Seoane, J. (2006). Movimientos sociales y recursos naturales en América Latina: resistencias al neoliberalismo, configuración de alternativas. Sociedade e Estado, 85-107.

Svampa, Maristella y Viale Enrique (2014) Maldesarrollo. La argentina del extractivismo y el despojo. Buenos Aires: Katz

Teubal, M. (2006). Expansión del modelo sojero en la Argentina. De la producción de alimentos a los commodities. Realidad Económica, 71-96.

Teubal, M. (2008). Lavboratorio/n line. Recuperado el 14 de 01 de 2014, de Sitio web de Lavboratorio/n line. Instituto de Investigaciones "Gino Germani" Facultad de Ciencias Sociales UBA: <http://www.lavboratorio.fsoc.uba.ar/textos/22_1.htm>

Seoane, J; Taddei, E y Algranati, C. (2009) El concepto ‘movimiento social’ a la luz de los debates y la experiencia latinoamericana recientes. México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM. Disponible en: <http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/500trabajo.pdf>

Soto, O. (2017) Territorio, movimientos campesinos y paisajes de resistencia. Breve ensayo desde una lectura de Milton Santos. Crítica y Resistencias. Revista de conflictos sociales latinoamericanos, Vol.: 4. pp. 96-114.

Rodríguez Ostria, G. (2014) Capitalismo, modernización y resistencia popular, 1825-1952. La Paz: Centro de Investigaciones Sociales.

Thompson, E. (1979) Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial. Barcelona: Editorial Crítica.

Vasilachis de Gialdino, I. (2007). Estrategias de investigación cualitativa. Buenos Aires: Gedisa.

Vazquez, M., & Perrotta, D. (2013). Paz, democracia e integración regional en América del Sur. Buenos Aires: Identidad MERCOSUR.

1. Actualmente, si bien no se tienen datos al respecto, se puede estimar que dicha concentración es relativamente superior debido a la brutal incidencia del modelo de agronegocio sobre la estructura social agraria y la tenencia de la tierra. [↑](#footnote-ref-1)
2. La mencionada ley, en su artículo 4º, instaura el principio precautorio y el principio de congruencia. El principio precautorio establece que cuando haya peligro de daño grave o irreversible en el ambiente, la falta de certeza sobre dichos daños no debe ser limitante para impedir la toma de medidas tendientes a evitar que ese daño se produzca. El principio de congruencia plantea que las leyes ambientales del nivel provincial y municipal deben adecuarse a lo establecido en la Ley General de Ambiente y, cuando así no lo hiciesen, esta ley prevalecerá por sobre las normativas de menor jerarquía que se le opongan (Ley General del Ambiente, 2002). [↑](#footnote-ref-2)
3. Por las bases nuestros entrevistados entienden a los antepasados y a las comunidades originarias. [↑](#footnote-ref-3)